



¿Qué buscamos en el trabajo?

Intervención a modo de síntesis de
Paolo Prosperi

MILÁN

Sábado 7 de febrero de 2026

Introducción

En los últimos años, el tema del trabajo se ha impuesto cada vez con mayor urgencia, no solo como una cuestión económica o social, sino como una tarea decisiva para comprender la experiencia humana en su totalidad. Partiendo de esta conciencia, a principios de 2025, entre varios amigos de la CdO y otros compañeros de camino, surgió la idea de realizar la exposición "Cada uno a su trabajo", inspirada en el famoso verso de T.S. Eliot y en el Manifiesto sobre el Buen Trabajo de la CdO.

La gran participación que suscitó la exposición, presentada en el Meeting de Rimini con casi 4.000 personas y que luego visitó varias ciudades italianas, ha confirmado hasta qué punto el trabajo es hoy una pregunta abierta y viva, capaz de tocar profundamente la vida de cada uno. Al mismo tiempo, la propia experiencia de preparación y puesta en común durante la exposición puso en evidencia que una iniciativa cultural, por significativa que sea, no agota por sí sola toda la amplitud de este tema.

Resultaba cada vez más claro que solo dentro de una amistad y de una compañía vivida es posible madurar un juicio original sobre el trabajo, sobre lo que lo convierte en un lugar de cumplimiento, sobre las heridas y obstáculos que lo atraviesan y sobre la actitud con que cada uno está llamado a vivirlo. De ahí nació la exigencia de favorecer lugares de confrontación y diálogo donde ayudarse a leer lo que sucede cotidianamente en ese ámbito que ocupa gran parte de nuestras jornadas y que constituye una de las expresiones más concretas de nosotros mismos.

En esta perspectiva se enmarca la asamblea propuesta el 7 de febrero de 2026, con más de 100 participantes, pensada como ocasión de diálogo con Paolo Prosperi a partir de ciertas preguntas esenciales:

¿Qué es lo que nos realiza y nos atrae en el trabajo? ¿Dónde hallamos interés, motivación y cumplimiento? ¿Qué obstáculos encontramos en el trabajo? ¿Cuándo se bloquea nuestra humanidad y cuándo la fatiga se convierte en objeción? ¿Con qué actitud hay que afrontar el trabajo? ¿Hay que conformarse o podemos buscar algo más?

Para continuar y profundizar en el camino que hemos emprendido juntos, podemos referirnos a varios textos y experiencias que nos acompañan como puntos de referencia:

- **Ávila y Asís**
- **Fr. Paolo's talk at the 2025 Rimini Meeting**
- **Catálogo de la exposición "Cada uno a su trabajo"**
- **Manifiesto del Buen Trabajo**

A continuación proponemos las intervenciones de Paolo Prosperi en la asamblea del 7 de febrero.

Transcripción de la intervención de Paolo Prosperi

Sábado 7 de febrero por la mañana

[esta intervención es la conclusión de la asamblea, pensada como ocasión de diálogo con Paolo Prosperi a partir de ciertas preguntas esenciales: ¿Qué es lo que nos realiza y nos atrae en el trabajo? ¿Dónde hallamos interés, motivación y cumplimiento? ¿Qué obstáculos encontramos en el trabajo? ¿Cuándo se bloquea nuestra humanidad y cuándo la fatiga se convierte en objeción? ¿Con qué actitud hay que afrontar el trabajo? ¿Hay que conformarse o podemos buscar algo más?]

Qué es el trabajo

Si he entendido bien, lo que debería intentar hacer ahora es recoger los principales input que han surgido a lo largo de esta asamblea para impulsar el trabajo que haréis por grupos después de comer. Sustancialmente me parece que se pueden recoger preguntas, reflexiones y pasos que habéis contado en torno a tres núcleos temáticos.

El primer núcleo temático es la cuestión del **sentido del trabajo**.

Hemos partido de esta idea, que ya salió en el Meeting, de que la crisis contemporánea en el ámbito laboral es una **crisis de sentido**. Sobre esto, me parece que lo más importante es destacar que el término crisis es una *vox media*, es decir, una palabra que puede tener una acepción tanto negativa como positiva, según el punto de vista. En definitiva, estar en crisis no es necesariamente malo. Puede ser una ocasión, la ocasión de dilatar el propio horizonte y hacerse preguntas que quizá, cuando todo iba sobre ruedas, no nos preocupaban. En nuestro caso, la pregunta es esta: ¿cuál es el sentido del trabajo?

Hemos escuchado algunos testimonios muy bonitos que no voy a repetir, pero que documentan la experiencia de una conciencia del significado del trabajo, decididamente excéntrica tanto frente a la necesidad compulsiva de autoafirmación típica en el sujeto del rendimiento, por retomar la expresión de Chul Han, como, por el contrario, frente a una concepción "a la baja" del trabajo, y aquí pienso sobre todo en el dramático caso de Francesco de Cremona. A veces corremos el riesgo de olvidar que para muchos el trabajo sigue siendo nada más que un cansancio alienante, en el sentido en que lo era el trabajo de los judíos en tierras de Egipto, como decíamos en Asís 1.

Sin embargo, algunos de vosotros habéis mostrado cómo el trabajo puede volver a ser realmente lo que está llamado a ser: un modo de colaborar en la construcción de un bien, como decía uno de vosotros; en el incremento de un valor, decía otro, donde esta dedicación a la construcción del bien común se convierte en la fuente de un gusto por entregarse que de otro modo no existe. Nada de idealismo, por tanto. El término idealismo indica unos objetivos prefijados que son inalcanzables, que no se pueden experimentar. En cambio, lo que muchos de vosotros habéis testimoniado es una experiencia real y eso significa que estamos hablando de un idea realizable, realista y viable, sencillamente porque corresponde a aquello para lo que estamos hechos.

Ahora bien, hay otra pregunta –un poco provocadora porque es aún más básica que la anterior– que en este punto tengo la tentación de lanzar sobre la mesa para impulsar el diálogo y es la siguiente. Nos hemos preguntado por el sentido del trabajo. Y está bien. Pero *¿qué es, propiamente, el trabajo? Mejor dicho, ¿a qué nos referimos, en qué pensamos cuando usamos la palabra trabajo?* Me parece que demasiadas veces, cuando hablamos del trabajo, consciente o inconscientemente, usamos esta palabra con una acepción reducida, es decir, como si no indicara nada más que la profesión. Creo que la falta de unidad en la vida suele depender justamente de esta perspecti-

va "pequeña". De hecho, en realidad la palabra "trabajo" afecta a la vida entera, y lo cierto es que el gran trabajo, la gran obra de la vida es la realización de nosotros mismos, la tarea de realizarse como seres humanos, que evidentemente incluye aprender a amar a los hijos y al cónyuge, construir relaciones de amistad verdadera, no solo la profesión por la que nos pagan. ¿Acaso amar y entregarse por los hijos supone menos trabajo, menos fatiga –trabajo viene del latín, *labor*– que hacer carrera en una empresa? Si la palabra trabajo, como decía don Giussani, indica la aplicación de la energía humana y afectiva en una cierta realidad para mejorarla, para "manipularla" según un ideal, entonces está claro que educar también es trabajo. Más aún, cualquier acción que de algún modo lleve dentro un ímpetu ideal es trabajo. Levantarse por la mañana de la cama cuando preferirías seguir durmiendo es trabajo, rezar es trabajo. ¿Acaso rezar no es trabajo?

En resumen, creo que la cuestión de la **conciliación vida-trabajo**, que ha salido muchas veces, tampoco se puede afrontar realmente si no nos damos cuenta de que tal vez el problema es que tenemos una concepción reducida del trabajo. El verdadero problema no es, en mi opinión, "trabajar demasiado" como tal. Si uno tiene muchas energías, bendito sea Dios. El problema es, tal vez, el hecho de que a veces se pierde de vista la tarea total, es decir, se tiene una concepción reducida del "trabajo" que se nos pide. Por ejemplo, para mí rezar no es un trabajo menos importante ni menos grave que predicar o enseñar. Al contrario, en cierto modo es el trabajo más importante porque al rezar recupero el impulso, el fuego y hasta las cosas que digo cuando predico. En definitiva, el trabajo no es solo la profesión.

Esta podría ser una primera provocación: ¿qué nexo hay entre el trabajo entendido como profesión y una concepción total de la vida como trabajo? ¿Cuál es ese tipo de "trabajo" que, si lo "hago", hace que hasta el trabajo en el sentido profesional del término sea más humano?

Objeciones, problemas, dificultades

El segundo núcleo temático va ligado al segundo punto del orden del día, que planteaba las objeciones, problemas y dificultades. Aquí me gustaría recoger todo lo que ha surgido en torno a algunas expresiones clave.

La primera es: **"luchar con las imágenes"** de autorrealización que tenemos – lo decía claramente Giorgio en su intervención.

Creo que cada uno de nosotros puede identificarse fácilmente con el drama que contaba Giorgio, ese drama de la lucha que tarde o temprano surge en nosotros entre las imágenes de éxito y cumplimiento que inevitable y espontáneamente germinan en nuestro interior cuando nos lanzamos con entusiasmo a algo, y el choque con una realidad que nunca corresponde a nuestra imagen. Aquí se abre, me parece, otro "fílón" temático interesante. De hecho, como nos enseñó don Giussani, no siempre nuestras imágenes o ideas previas son algo negativo. Para empezar, son algo inevitable. Pero luego, sobre todo cuando entra en juego el trabajo, ¿no son incluso necesarias? Uno que no se hace una imagen de las cosas es alguien que tiene poca imaginación para proyectar, ¿no? Por tanto, igual que el prejuicio en el orden del conocimiento no es malo en sí mismo, con mayor razón, la imagen de "cómo deben ir las cosas" en el trabajo no es mala en sí misma. El problema es cuando esa imagen se convierte en

ídolo, es decir, en una imagen petrificada, cerrada, que no está dispuesta a dejarse moldear ni modificar por el imprevisto, por la realidad cuando te pide abandonar este o aquel aspecto de tu idea. Cuando la imagen se convierte en ídolo es cuando resulta alienante, en el sentido de que nos quita la capacidad de atacar en positivo y por tanto de saborear el presente, de ver el bien en lo que hay, y entrar así en la verdadera experiencia del ciento por uno. De hecho, ¿qué es el ciento por uno sino ese gusto del presente que te sorprende **totalmente inmerso en lo concreto** que tienes delante, sin esa molesta "vocecilla" zumbando en tus oídos, repitiéndote que sería mejor estar en otra parte y dedicarte a otra cosa? ¿Qué es el ciento por uno sino esa veneración por el detalle, por el dato particular, que aflora en nosotros cuando en ese detalle vemos la totalidad, es decir, nos encontramos con el Dueño de la realidad?

Pues bien, creo que el tema de luchar con las imágenes hay que ponerlo en el contexto adecuado, solo cuando empezamos a fijarnos en lo que nos perdemos por perseguir obstinadamente un sueño: nos perdemos ese disfrute de la realidad que se nos da, que coincide con la percepción de su carácter sacramental, es decir, el hecho de ser un punto concreto, da igual si grande o pequeño, donde me sale al encuentro el Infinito. Para entender esto, a don Giussani le gustaba poner el ejemplo del amanuense medieval. Pensemos en esos monjes que copiaban libros enteros, letra por letra, con un cuidado impresionante en cada una. Podemos comprobarlo con nuestros propios ojos en ciertos volúmenes que hay en los museos. ¿Por qué lo hacían? ¿Por qué? Porque para ellos cada letra era sagrada literalmente, era algo sagrado.

La segunda palabra sobre la que quiero llamar vuestra atención es la **palabra tiempo**.

También Giorgio, entre otros, insistía en el torbellino, el frenesí de un ambiente de trabajo que te exige cada vez más resultados y más rápidamente –como decían– como si eso impidiera o pareciera obstaculizar la recuperación continua de la mirada de la que hablábamos ahora, esa mirada contemplativa, cargada de memoria del origen de las cosas, que necesita una cierta distancia para cultivarla, una cierta distancia de las cosas. ¿Cómo voy a ver algo que estoy llamado a manipular si no doy un paso atrás y lo miro dentro del horizonte del que forma parte? Acabaré tratándolo de manera instintiva, reactiva, sin respeto, en el sentido profundo del término. Esta provocación no me parece nada banal. ¿Qué se puede decir al respecto?

Conciliación laboral o unidad de la vida

El tercer problema que surgía creo que es el de la **unidad de la vida**. Lo planteaba Teresa, pero también lo apuntaba Giulia (dos mujeres, ¿coincidencia?). Ambas subrayaban –si he entendido bien– que el equilibrio no se alcanza simplemente mediante una atenta e inteligente dosificación de energías, sin negar la importancia de madurar en la conciliación. ¿Qué hace posible la unidad de la vida, si es verdad que ese equilibrio, dadas las "circunstancias inevitables" en las que solemos encontrarnos, es casi siempre un equilibrio inestable? ¿Qué permite que entre la paz, una paz sustancial y una unidad dentro de nuestras jornadas, capaz de contener una ansiedad que de otro modo nos supera a la hora de "juntar las piezas"?

Me parece que esta sería la tercera cuestión, que llamaría una cuestión de orden, el "*principium ordinis*".

La palabra orden indica la proporción entre las partes de un todo.

Nuestra vida también es eso, un todo hecho de muchas piezas, con muchas partes. Pues bien, ¿qué es lo que hace que esas partes sean un todo ordenado, qué es lo que da unidad y orden, es decir, belleza (el orden es belleza y por tanto gozo, gusto) a las piezas del puzzle? ¿Cuál es el "principio" (es decir, la causa, el factor determinante) en la unificación de las partes?

This seems to me to be the third question, which I would call: the question of order, of the '*principium ordinis*'. The word order implies proportion among the parts of a whole. Our life is precisely that: a whole made up of many pieces, many parts. What makes those parts an ordered whole, what gives unity and order—that is, beauty (order is beauty and therefore enjoyment, gusto)—to the pieces of the puzzle? What is the 'principle' (that is, the cause, the determining factor) of the unification of the parts?

Ambiente

El cuarto tema, que muchos han señalado, desde distintos ángulos y matices, es el **escándalo que supone el ambiente** de trabajo en el que estamos inmersos – un ambiente donde el deseo de vivir el trabajo de un modo nuevo y distinto parece algo utópico, ingenuo, idealista. Pienso aquí en la intervención de Davide, que de un modo tan crudo como directo hablaba del dinero como único objetivo por el que trabajan todos en su empresa. Me parece que este tema también es digno de consideración, ¿no? ¿Vemos o no vemos el problema que plantea Davide? ¿Cómo lo afrontamos? ¿Cómo hacemos frente a la dialéctica y el conflicto que inevitablemente nos afecta entre las leyes del capitalismo neoliberal imperantes en el mundo laboral en el que estamos inmersos y ese ideal que nos gustaría vivir? Ahora bien, como sabéis yo no solo no estoy graduado en economía, sino que de estas cosas sé realmente poco. Pero el problema de fondo, su núcleo elemental, me parece que está claro. Al final la cuestión es que una empresa, para sobrevivir, para subsistir y producir los bienes que tiene que producir, para contribuir al bien común, debe en primer lugar sobrevivir, debe subsistir, y para subsistir debe facturar. La cuestión es si una empresa hoy puede perseguir el beneficio, crecer en salud y en capital, y al mismo tiempo perseguir el bien de cada persona y el bien común. ¿Estas dos cosas se pueden conciliar? Creo que esta es la primera cuestión. Jesús dice: no se puede servir a dos amos. O se sirve a Dios, o al dinero. Eso está claro. El problema es otro. ¿Es posible, *en el mundo de hoy concretamente*, montar una empresa que no sirva al dinero sino al reino de Dios? Y admitiendo que la perfección no es de este mundo –caeríamos en la *utopía* si la buscáramos– ¿qué significa vivir al menos una tensión hacia ese ideal?

Trabajar es estar en relación con otros

Otro filón temático, relacionado con este, creo que es la cuestión que ha puesto sobre la mesa sobre todo Salvatore, las relaciones interpersonales. Podríamos hablar del **"problema o tema afectivo"**. Estar a remojo en un ambiente de trabajo supone siempre estar inmersos en una red de relaciones humanas, en una "sociedad". Aunque uno trabaja siempre o casi siempre físicamente solo, en realidad trabajar siempre implica una relación con otros, aunque solo sea por el mero hecho de que su trabajo sirve para producir un bien destinado a la sociedad.

Por tanto, inevitablemente, trabajar significa estar en relación con otros.

Eso significa que el retorno digamos afectivo, el *feedback* emotivo que recibimos de nuestras relaciones con los demás –ya sean jefes, subordinados, colegas, clientes, en definitiva todos los “otros” con los que el trabajo me pone en relación– nos condiciona inevitablemente en las decisiones que tomamos, aparte de la forma de trabajar.

Salvatore hablaba justamente en este sentido de una sensación de presión e incluso miedo que la red de relaciones en la que está inmerso como empresario tiende a generar en él. ¿Miedo a qué? Sobre todo al juicio de los demás, al juicio de su padre, miedo a que la relación con los empleados se estropee, a las consecuencias negativas para la empresa, etc, etc. El miedo a las posibles reacciones o a los movimientos de los demás se convierte entonces en la causa de una forma de moverse cauta, temerosa, que te hace bajar el listón y renunciar a una idea bella y buena que podías tener y conformarte con compromisos para alcanzar esto o aquello. Este tema también me parece bastante interesante. Pero, por cómo resuena en mí, el problema que plantea Salvatore en realidad forma parte de una cuestión más amplia y ciertamente crucial, en mi opinión. ¿Qué cuestión? La cuestión de la vocación o la misión del laico, o dicho en términos menos genéricos, la siguiente pregunta: ¿qué significa para un laico vivir su presencia en el mundo, y por tanto el trabajo como misión? ¿Cuál es la misión del laico y qué tiene que ver esa misión con el trabajo?

En el mundo pero no del mundo

Obviamente, sobre esta cuestión tan amplia pueden decirse muchas cosas. Teniendo en cuenta lo que planteaba Salvatore, me interesa subrayar una expresión que me parece muy ligada al problema que comentábamos. Ser laico –laico cristiano, laico bautizado– significa entre otras cosas estar llamado a ser al mismo tiempo **en el mundo y no del mundo**. Creo que esta expresión dice todo el drama que exalta e implica al mismo tiempo una lucha, una tensión, que caracteriza la situación paradójica, la paradoja propia de la vocación laical. El rasgo característico del laico –frente al monje, la religiosa o el cura– es ante todo el hecho de estar llamado a una inmersión total en el mundo, es decir, a moverse en los mismos ambientes donde se mueven todos, haciendo los mismos trabajos y yendo a los mismos lugares (quizá no todos) que los demás. Muchas veces (también en ciertos relatos extendidos entre nosotros pero poco reflexivos) nos quedamos ahí: “¡soy laico!” quiere decir “estoy en el mundo, no soy ni cura ni monja...”. Correcto. Solo que falta una parte fundamental. El laico cristiano no solo está llamado a estar en el mundo. Está llamado a estar en el mundo sin ser del mundo, lo que implica también un aspecto dialéctico, irreductible, digamos de lucha con la mentalidad del mundo. La vocación laical es vocación a estar en el mundo, allí donde están todos, pero no a vivir *como* todos. Me parece que en esta observación tan sencilla, y si queremos obvia, reside en el fondo el núcleo de la cuestión porque, como señalaba Salvatore con mucho realismo, de hecho es imposible estar en el mundo, es decir, sumergirse en una red de relaciones –porque estar en el “mundo” significa eso concretamente: tener relación con fulano y mengano, con esta persona y con aquella, con esta entidad y con la otra...– sin sufrir su influencia, sin quedar inevitablemente condicionados por el clima, por la forma de pensar y reaccionar de los que nos rodean. Es así, y basta.

La cuestión entonces es **¿cómo no dejarse llevar por un ambiente que obedece a lógicas que a menudo son alienantes, sin ceder a sus lógicas y además intentando introducir otras nuevas?** Juan Pablo II hablaba en este sentido de "estructuras de pecado". El problema más grave de la sociedad (o de las sociedades) en que vivimos no es por tanto el hecho de que haya muchos pecadores, pues claramente nosotros somos los primeros; si nos miramos individualmente, somos pecadores. El problema más grave es que existen estructuras sociales y económicas que, independientemente de la libertad de cada uno, son intrínsecamente problemáticas porque generan y sistematizan unas dinámicas de relación –con el dinero, con los demás, con el trabajo, con la comunidad, con la naturaleza– que son tóxicas (por ejemplo, porque están basadas en la pura competición individualista o en una lógica de puro beneficio, sin interés por el bien común, etc). Entonces, ¿cómo estar en este "mundo" sin ser devorados? Y antes aún, ¿hace falta estar ahí? ¿Cuándo hay que estar ahí y cuándo hay que tener en cambio el coraje de largarse? Son preguntas serias.

Amistad y pertenencia

Aquí me parece que entramos en el tercer grupo de intervenciones, que tiene que ver con **la función "salvífica" de la amistad, de la pertenencia a un lugar humano** que en cierto modo es distinto, un lugar donde obtener ese oxígeno que nos permite seguir en la lucha sin que nos absorba. Aquí también se podrían decir muchas cosas, pero quizá sea mejor pararse en este punto. Creo que ya hemos puesto más que suficiente carne en el asador.

A decir verdad, no he entendido bien si, aparte de hacer un pequeño balance de las cuestiones que han salido, Camu y Ciccio querían pedirme entrar en ellas con una reflexión que intente decir algo positivo al respecto.

En todo caso, el único punto de partida que se me ocurre, reaccionando en caliente ante todo lo que ha surgido, es este.

Mientras escuchaba –pienso por ejemplo en la intervención de Davide, o en otro sentido en la de Francesco de Cremona– pensaba: en efecto, podemos decir un montón de cosas buenas, bellas y justas sobre el significado del trabajo, sobre lo que *debería* ser el trabajo. Pero esas cosas ¿se viven en el mundo real, en el ambiente de trabajo en el que os movéis, donde se mueve la mayoría, o solo son verdaderas para una pequeña minoría que quizá tiene la posibilidad de trabajar en un oasis de felicidad, rodeado de amigos (suponiendo que esos oasis lo sean realmente)? En definitiva, las cosas que nos decimos ¿son carnales? ¿O a fin de cuentas lo que nos contamos son bonitas fábulas utópicas para sentirnos un poco mejor?

Solo quiero decir dos palabras sobre esto, no por inventar quién sabe qué solución sino sobre todo para invitaros a mirar la cuestión desde otro punto de vista, abriendo "otro fichero", podríamos decir, que creo que todavía no hemos abierto y que en cambio me parece decisivo abrir para mirar con sano realismo el contexto general.

Realismo y necesidad de redención

Intento explicarlo. Creo que hay una cosa que corremos el riesgo de no tener en cuenta verdaderamente cuando hablamos de trabajo y el hecho de que el trabajo, tal como lo experimentamos "en este planeta", es decir, *en el mundo* tal como es, no es lo que debería ser, no es lo que sería si estuviéramos en el paraíso, es decir, si no hubiera existido el pecado. De ahí mi insistencia en la categoría del "mundo", una categoría que en la Biblia, sobre todo en Juan, es ambigua. ¿En qué sentido? En el sentido de que por un lado el mundo es bueno, está bien hecho por Dios. Como creación de Dios, es bueno y por tanto es justo trabajar en él, es algo bello, grande, exaltante. Como venimos diciendo desde Asís. Es un honor y gloria poder colaborar con Dios en el perfeccionamiento del mundo, ser sub-creadores, etc, etc. Por otro lado, el mundo como esclavo de la mentira, lleno de "estructuras de pecado", no es bueno, es malo. De hecho, en Juan la palabra mundo, *kosmos*, suele tener una acepción negativa. Llegamos así al corazón del problema. El trabajo en sí es bueno, es una tarea bella y buena. Pero como no estamos en el paraíso terrenal sino en un mundo que es esclavo de la vanidad, como dice san Pablo, **es como si el trabajo no pudiera tener otra forma que la de la redención, es decir, la cruz**. No hay nada que hacer. Si se quiere hacer el bien en este mundo, hay que tomar la cruz, hay que sufrir. ¿Por qué? Porque en el mundo hay una resistencia al bien, incluso en el mundo físico. Leamos Génesis 3, que es el texto clave para entender esta cuestión. De hecho, sin meditar estos versículos no se entiende nada de la angustiosa condición del hombre que está llamado a trabajar, a la tarea de "trabajar la tierra" (recuerdo que la palabra trabajo, del latín labor, ¡significa fatiga!):

17 A Adán le dijo: «Por haber hecho caso a tu mujer y haber comido del árbol del que te prohibí, maldito el suelo por tu culpa: comerás de él con fatiga mientras vivas.

18 Brotará para ti cardos y espinas, y comerás hierba del campo.

19 Comerás el pan con sudor de tu frente, hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste sacado; pues eres polvo y al polvo volverás».

Para empezar, quiero señalar el nexo que sugiere el autor bíblico entre el gesto de Adán y Eva de comer el fruto de la transgresión, de la auto-deificación (porque eso es lo que representa el gesto de Adán) y las desastrosas consecuencias que ese gesto tiene para el trabajo de la tierra. Y aquí habría mucho que decir y que reflexionar. ¿Por qué este intento del hombre de hacerse Dios, este "comerlo todo" sin respetar los límites impuestos por el Señor a su libertad, tiene efectos tan devastadores en el suelo y en el trabajo? No entro en ello, os lo lanzo como cuestión sobre la que reflexionar.

Me centro en cambio en lo que sigue: "maldito el suelo por tu culpa: comerás de él con fatiga mientras vivas". Son palabras fuertes, que quizá no meditamos lo suficiente. Pero tal vez deberíamos. Amigos, la fatiga es una condición inevitable porque vivimos en un mundo que ha pecado, es decir, ¡en un mundo que debe ser redimido! Vosotros diréis: ¡pero ya ha sido redimido por Cristo! Sí, cierto. ¿Pero en qué sentido? ¡Ya y todavía no! ¡Ya y todavía no! La cruz y la resurrección de Cristo establecen un principio, una fuente inagotable e invencible de redención en el mundo, una fuente que nada puede secar, agotar ni vencer.

Una fuente que al final hará que todo vuelva a florecer. Pero la floración de hoy, en el presente, en el pedazo de mundo que se nos ha confiado a nosotros, a nuestra responsabilidad, esa floración depende también de la colaboración de nuestra libertad, de nuestra carne, de nuestras manos, con su Gracia, con la fuerza redentora que viene de Él. Esa es la gran palabra: redención.

El trabajo, tal como nosotros estamos llamados a vivirlo, tal como nosotros lo experimentamos, no es solo energía creadora o sub-creadora (como diría Tolkien). Sería eso si no hubiera existido el pecado original. En cambio, puesto que tanto el hombre como el mundo han sido contaminados por esa caída, su energía creadora debe aceptar convertirse en fuerza redentora, lo que implica fatiga, sudor, lucha contra la entropía, sacrificio. Sería bonito, y quizá lo hagamos en otro momento, ayudarnos a entender, con ejemplos y testimonios, cómo este hecho que parece triste y melancólico resulta en cambio, para los que viven en Cristo, una ocasión de gloria, de una entrega aún más gloriosa, que si la caída no se hubiera producido. Sería bonito, será bonito intentar ayudarnos a entender por qué y cómo esta "culpa" originaria, podemos llamarla "*felix culpa*", es algo que Dios ha permitido en vista de un bien aún mayor del que existiría si todo hubiera ido sobre ruedas. Pero mientras tanto me urgía subrayar esto. Gran parte de nuestro escándalo y de nuestras objeciones creo que se deben también a una falta de realismo, es decir, a no tener en cuenta todos los factores en juego, sobre todo uno: el hecho de que tanto el hombre, tanto el sujeto como el objeto del trabajo, es decir, la tierra –maldito el suelo– están heridos y necesitan ser redimidos, es decir, liberados del mal que les envenena. Y eso implica fatiga, lucha, sudor. La verdadera cuestión es entonces qué es lo que Cristo, la relación con Cristo vivida en la compañía cristiana, introduce de nuevo en esa fatiga, cómo transforma la fe, si lo hace, el "yugo" del trabajo, pasando de un yugo bestial a un yugo ligero, es decir, algo dulce y bello. Es interesante ese pasaje del Génesis 3 que hemos leído, donde el autor sagrado dice: "brotará para ti cardos y espinas, y comerás hierba del campo". Comerás hierba del campo. No sé si os habéis fijado alguna vez, pero aquí se dice algo realmente extraño. ¿Habéis visto alguna vez a un ser humano comer hierba del campo? El hombre no como la hierba del campo, de hecho en Génesis 1 se dice que la hierba del campo servirá de alimento a todas las fieras de la tierra. Entonces se entiende. Después del pecado, el hombre queda degradado hasta tal punto que su esfuerzo y su vida se asemeja a las fieras. Pero perdonad, uno que vive solo por dinero, es decir, por el bienestar material, ¿no vive como una bestia? ¿No está en el fondo alienado y de hecho vive sin saberlo como un animal? Uno que idolatra el bienestar material, el placer del bienestar y se esfuerza de la mañana a la noche con el único objetivo de aumentar su bienestar material, ¿no es en el fondo una versión algo sofisticada de una bestia?

Otro punto interesante es "comerás el pan con sudor de tu frente". Con el sudor de tu frente. Nosotros asociamos el sudor al esfuerzo y sin duda ese es el primer sentido que tiene este texto. Pero el sudor no solo es signo de esfuerzo. También se suda cuando se tiene miedo. El sudor también puede ser signo de angustia, de miedo, y eso nos lleva a la pregunta de Salvatore, a ese clima de ansiedad y angustia que caracteriza al mundo del trabajo a causa de una lógica de autoafirmación, rivalidad, competitividad, de estar siendo constantemente vigilado, que como una especie de gas tóxico emana de la tierra de los campos que estamos llamados a labrar.

En definitiva, ir al trabajo con un verdadero ímpetu ideal es un poco como ir a la guerra, hay que tomar conciencia. ¡Pero no contra tus compañeros! La cuestión –y este podría ser otro tema– es entender contra quién o contra qué... ■

Transcripción de la intervención de Paolo Prosperi

Sábado 7 de febrero por la tarde

[la intervención sigue tras un momento de trabajo por grupos y un repaso de los principales temas afrontados en la asamblea]

El reino de Dios

¿Cuál es la finalidad del trabajo? ¿Qué se busca en el trabajo? Han surgido muchas cosas, se han dicho muchas cosas, sugerencias, inicios de respuesta que tal vez hemos oído repetir muchas veces. Intentaré resumir. En el fondo, lo que parece que hace del trabajo algo verdaderamente correspondiente, una actividad donde nuestra persona experimenta un incremento de su ser, podríamos decir, es cuando nos damos cuenta de que todas nuestras energías de inteligencia y talento se ponen al servicio de la construcción de algo bueno y bello, que construye el reino de Dios –por usar un término bíblico– que luego significa un mundo, una sociedad, una realidad donde se afirme al menos un poco de orden, de belleza; un mundo, en definitiva, una sociedad que refleje al menos un poco de esa justicia en las relaciones entre personas y cosas, esa armonía, esa comunión entre muchos, que es para el mundo el reflejo de la gloria de Dios –ese Dios que, como sabemos, es Comunión de Personas– una comunión donde se da la igualdad en la dignidad y al mismo tiempo la diferencia (cada uno tiene un puesto, un papel distinto, colabora en el Bien común de una forma única).

Pues bien, todo esto es tan bonito cuando se dice, al enunciarlo –creo que este ha sido el hilo conductor de las conversaciones de hoy, al menos uno de los hilos conductores–, todo eso es tan noble y claro como ideal, como difícil de vivir en los hechos. Tan difícil que corre el riesgo de parecer utópico, abstracto. Permitidme una anécdota autobiográfica. Era mi primer o segundo año en Rusia, tendría poco más de treinta años. Una vez, caminando por las calles de Moscú, una chica del movimiento de allí, con un cargo importante en una empresa, se empeñó en provocarme y así, a contrapelo, me hizo una pregunta que reconozco que al principio me descolocó y que todavía no he olvidado porque me permitió mi vida mirar a la cara desde un punto de vista nuevo, que hasta entonces no había tomado en consideración. "Paolo –me dijo, entre otras cosas con cierta agresividad diría– *po moemu, ti durak*, que significa: para mí, tú eres un idiota, un cretino". "¿Por qué?", contesté. "Porque tú, con todo el talento que tienes, habrías podido hacer una carrera de locos en diversos campos y tener éxito, y en cambio estás aquí de cura católico en una ciudad donde no hay católicos – de hecho, se les mira bastante mal. Al menos, si tienes que ser cura, podrías intentar hacer carrera en la Iglesia. Sin embargo estás aquí, estudiando un idioma que ni siquiera hablarás bien jamás. ¿Para qué?" Debo admitir que tardé unos segundos en encajar el golpe. Pero luego, después de pensarlo en un instante de silencio, le respondí secamente: "es que yo no estoy haciendo carrera. Tampoco me siento menos importante que tú. Solo que la carrera que he elegido es otra". "¿Cuál?" – preguntó. Y yo, un poco torpemente, dije: "Bueno, mira, yo... yo quiero llegar a ser santo. Esa es la única carrera que me parece verdaderamente interesante, por decirlo en esos términos". Volví a casa contento pero recuerdo que también me preguntaba: "¿es totalmente adecuada esta respuesta? ¿Tiene en cuenta todos los factores en juego?" Hoy no sé si respondería de la misma manera. ¿Por qué?

Diría que por el mismo motivo por el que hoy me he sentido tan provocado por ciertas intervenciones que dejaban ver el gran riesgo que corremos, que creo que señalaba bien Kadolph, el riesgo de vivir un dualismo fundamental entre la fe, a la que nos adherimos con convicción, y la vida laboral, que va en cambio por una vía paralela según sus propias leyes, frente a las cuales nuestra fe permanece pasiva, no tiene nada que decir.

El ciento por uno aquí

Me parece que esta es la verdadera cuestión: ¿es posible conciliar la "carrera" en el sentido espiritual del término, y por tanto el deseo de dedicarse al servicio del "reino de los cielos", con la carrera "*en el mundo de aquí abajo*", es decir, con la búsqueda del éxito en el ambiente laboral concreto en el que nos encontramos?

Confieso que, al margen de todas las cosas buenas y bellas que podemos (y quizá debemos) decirnos al respecto, bebiendo por ejemplo de la doctrina social de la Iglesia, encuentro especialmente interesante, además de fascinante, el mero hecho de que esta cuestión se plantee entre nosotros. Porque sin duda es cierto, como nos gusta repetir, que si hay un acento propio de nuestro carisma, está en decir que el cristianismo no es una renuncia al gusto por las "realidades de aquí abajo" sino un camino hacia una inteligencia y una forma de tratarlas que nos introduce en un gusto aún más verdadero de las mismas, un gusto que paradójicamente es cien veces mayor del que tiene aquel que razona según la lógica del mundo.

La pregunta entonces se concreta así: ¿pero es verdad esto que tanto nos gusta decir? ¿Es una fábula o es algo verdadero y por tanto experimentable? El famoso ciento por uno del que hablamos, ¿es posible para todos en el ámbito laboral o solo está al alcance de algunos, por ejemplo los que hagan trabajos relacionados con los servicios sociales o las obras de caridad? Y si decimos que es posible, ¿en qué consiste ese ciento por uno? ¿Qué experiencia tenemos de él? ¿Cómo lo podemos documentar concretamente? Creo que está claro para todos que el "ciento por uno" del que habla Jesús no se puede entender en sentido material, es decir, como multiplicación cuantitativa de lo que uno "deja para seguir a Jesús". Si fuéramos calvinistas –como enseña Weber, el capitalismo liberal encuentra en el calvinismo su humus para crecer– tal vez podríamos interpretar el ciento por uno así: "se ve que estás en gracia, que Dios te ha bendecido, por el dinero que tienes, por el estatus social que has alcanzado. Que Dios te bendice se ve en que te hace más rico que los demás". Pero sabemos que eso no es el ciento por uno. Aunque cada vez estemos más influenciados por la mentalidad neoliberal anglo-americana (que no es más que calvinismo secularizado), sabemos que el famoso "ciento por uno" no consiste en eso. ¿Y entonces?

Delante de esta pregunta, veo dos posibles tentaciones. La primera, ya citada, es la dualista. Lo decía Kadolph, pero también lo decían otros de alguna manera. Está la vida de fe con mis amigos, está mi "vida espiritual", que puede incluir también una cierta moralidad buscada y hasta el deseo sincero de comunicar a otros el encuentro que he tenido. Pero se acaba ahí. La fe está pero no introduce una novedad, no cambia mi forma de trabajar, de manera que el trabajo no se convierte en *testimonio*, no habla de mi fe. Como mucho, hablo de la fe en el trabajo. Pero mi trabajo no "habla", no dice quién soy. Aquí tiene un papel claramente decisivo, al menos así lo veo yo, el *ambiente concreto* donde uno está trabajando, el pedazo de "mundo" en el que uno está inmerso. Dicho de otra manera, lo que obstaculiza, hasta el punto

Sumergirse en el mundo por amor a Cristo

de hacer que parezca utópico el deseo sincero de introducir una lógica distinta en la forma concreta de actuar, como decía de una manera tan directa y casi cruda Davide, es el hecho de que el clima general en el ambiente en el que uno se encuentra, la atmósfera que uno respira está saturada por otra lógica, alienada y alienante (como se decía en parte esta mañana). Entonces, ¿cuál es el camino? ¿Cómo entrar, cómo ayudarse a entrar cada vez más, al menos como tensión, en la verdadera experiencia del ciento por uno, es decir, de una forma de trabajar que sea verdaderamente redentora, liberada y liberadora de las lógicas mundanas porque vuelve a ser eso que el trabajo está llamado a ser, ponerse al servicio del bien común?

Pues bien, sobre esto no pretendo ofrecer aquí grandes o articuladas hipótesis de solución. Me limitaré a abrir un par de ventanas, por decirlo de alguna manera, esperando que puedan abrir un poco el horizonte, sugiriendo pistas para una reflexión posterior. Ambas están ligadas a citas de padres de la Iglesia que me han venido espontáneamente a la cabeza mientras os escuchaba.

La primera parte del comentario de san Agustín al evangelio de Juan y tiene como objeto un pasaje del Cantar de los Cantares, que siempre me ha gustado mucho, es el inicio del llamado segundo nocturno, al principio del capítulo 5 del Cantar, cuando el amado, en el corazón de la noche, llama a la puerta de la casa de la Sulamita, y le pide que se levante a abrirle. "Ábreme, hermana mía, amada mía, mi paloma... ábreme" [hemos hablado de vocación, de sentirse llamados. Pues bien, eso es lo que sucede aquí. La Sulamita oye la voz del Amado que la llama para que se levante y se mueva, pero ella no quiere levantarse para ir a abrir...]

"Yo dormía, pero mi corazón velaba. (...) Me he quitado la túnica, ¿cómo vestirme otra vez? Me he lavado los pies, ¿cómo mancharlos de nuevo?"

A decir verdad, el comentario de Agustín a este pasaje al que he aludido lo encontré leyendo un artículo de Ratzinger, que a su vez comentaba a Agustín. Permitidme leer ahora tanto la cita de Agustín como el comentario que hace Ratzinger, porque no sé cuál de los dos lo dice mejor:

"Dice Agustín: el amante que llama a la puerta de su amada es Cristo, el Señor. La amada es la iglesia, son las almas, unidas a su Maestro con un amor alimentado por la fe. Pero eso provoca la gran pregunta: ¿cómo se van a manchar los pies si van al encuentro de Cristo para abrirle? ¿Cómo es posible que el camino hacia Cristo, que lavó los pies a los suyos, pueda manchar los pies? Precisamente esta paradoja –observa Ratzinger– remite a algo determinante, que es una ayuda también para el obispo que predica [es decir, para el propio Agustín, que deseaba una vida de quietud contemplativa pero le nombran obispo contra su voluntad] para comprender y soportar la dolorosa división de su propia vida entre contemplación y acción. La esposa que no quiere abrir porque ya se ha lavado son las personas contemplativas, que prefieren quedarse encerradas en su habitación y no desean nada más que meditar profundamente las verdades eternas, sin atender al mundo que ahí fuera va por su camino ruidoso y confuso. Pero entonces Cristo llama y dice: "Tú te dedicas a la contemplación pero me cierras la puerta en la cara, tú buscas la comunidad de unos pocos, mientras que fuera el mal se difunde como cizaña abundante y enfría el amor de muchos. (...) Aperi mihi... aperi mihi et praedica me" [que significa: ábreme... ábreme la puerta, es decir, anúnciame, predícame] Así es,

quien abre así a Cristo y se dedica a un trabajo apostólico con los que están fuera debe forzosamente mancharse los pies, es inevitable. Pero se los mancha por amor a Cristo, que espera fuera, en la puerta de tantos que no siguen ningún otro camino más que el que pasa a través de la suciedad del mundo.”¹

Atención. Como explica Ratzinger más adelante, las palabras de Agustín se dirigen en realidad a sí mismo. Como es sabido, el gran obispo de Hipona se había retirado a Casiciaco para vivir con unos cuantos amigos una vida contemplativa. La Sulamita que ya se ha lavado los pies y se ha ido a dormir es por tanto el propio Agustín para sí mismo. Solo que el Destino –a través de la vox populi– lo llamó para ser obispo y por tanto tuvo que volver a sumergirse en la lucha de la vida en el mundo, manchándose de nuevo los “pies”, que para Agustín son el símbolo de nuestra carne, de nuestra frágil humanidad, llevada así a ensuciarse en el contacto con el “mundo”.

Pues bien, con el tiempo Agustín comprendió: es verdad, sumergirse en el mundo por amor a Cristo, para comunicarlo y llevarlo a otros, significa ensuciarse. Significa inevitablemente exponerse más a cierto tipo de pecados, podríamos decir, a la impureza, a ensuciarse los pies en definitiva (podemos meter aquí dentro, por ejemplo, toda una serie de compromisos, de caídas mezquinas que somos incapaces de evitar, en las que acabamos cayendo continuamente, arrastrados por el clima de nuestro ambiente...). Sin embargo, prosigue Agustín, si la caridad, es decir, el amor a Cristo es el motor que impulsa a salir de la cama, si la caridad es lo que da forma al movimiento que lleva a “mancharse” los pies, entonces esa disponibilidad para “sumergirse en el barro” también adquiere valor, adquiere un valor añadido. No en sentido maquiavélico, no en el sentido de que el fin justifica los medios (¡el pecado sigue siendo pecado!) sino en el sentido de que tener en cuenta el riesgo de caer, más aún, la caída inevitable una vez más (que es siempre una humillación), si parte de tener en cuenta la caridad, el deseo de participar en el movimiento de Cristo hacia el mundo, participar en el gran movimiento que ha traído el Verbo en lugar de quedarse a la lumbre de la casa del Padre, para ser una misma cosa con él, para llevarnos y comunicarnos su vida de Hijo, si la disponibilidad para mancharse se vive con este ímpetu, entonces hasta la humillación y el dolor de mancharse no puede más que implicar y suponer un valor añadido, pues forma parte de tu sacrificio, de tu ofrecimiento. Por tanto, es un abono que no afea sino al contrario, paradójicamente hace florecer nuestra humanidad. Porque lo que nos construye de verdad es en definitiva la caridad vivida, el sí dicho una y otra vez todos los días, como se pueda, a esa voz que llama: “ábreme, ábreme, amigo mío, amado mío...”.

¹ J. Ratzinger, *El Nuovo popolo di Dio*, Queriniana 1971, p. 45-46. Más adelante continúa Ratzinger: «Lo que Agustín propone aquí es el problema de su propia vida. Desde el año 391, perdió irremediablemente el silencio soñado de la contemplación. Con sus hermanos a la espera, Cristo llamó a la puerta del convento: *Aperi mihi et praedica me*. Agustín jamás abandonó el deseo de la contemplación, la nostalgia de poseer “la parte de María”, pero aprendió a comprender y amar cada vez más profundamente el hecho de que al cristiano en este mundo se le encarga otra cosa. En lugar de la mística neoplatónica de la ascesis, que él mismo saboreó en la visión de Ostia, le sustituye cada vez más una mística del servicio, que puede definirse como el verdadero sentir fundamental del obispo Agustín, como “espiritualidad agustiniana”».

Paso ahora a la segunda cita que es de otro padre de la Iglesia un poco menos conocido pero no menos querido para mí, Efrén el Sirio. Pues bien, el gran Efrén, que además de santo era un gran poeta, en uno de sus poemas sobre la pasión de Cristo tiene una interesante intuición, que es la de ver una conexión, un profundo vínculo entre el "sudor" del primer Adán del que se hablaba esta mañana –que es un sudor negativo, malo, porque es como el síntoma de eso en lo que se ha convertido el trabajar la tierra (cf. Gén 3, 17-19), después de que Adán en el jardín del Edén decidiera fiarse de la serpiente (Cf. Gén 3, 1-6): algo alienante y opresivo– y otro sudor: el sudor de sangre del nuevo Adán en otro jardín, el de Getsemaní. El segundo, el sudor de Jesús, tiene realmente la finalidad de redimir el primero:

"Dichoso tú, lugar [se está dirigiendo al jardín de Getsemani, que aquí aparece personificado] que fuiste digno de aquel sudor del Hijo / que sobre ti cayó. / Con la tierra [esa misma tierra, ese mismo suelo que había sido maldito tras la caída y que desde entonces había producido "cardos y espinas"; cf...] mezcló su sudor para alejar el sudor de Adán (...) Dichosa la tierra que él perfumó con su sudor y que enferma fue curada" (Himno VIII sobre la crucifixión).

¡Qué belleza! ¿En qué sentido el sudor de Cristo aleja el sudor de Adán y transforma, cayendo en tierra, el suelo, de maldito a bendito? Las palabras de Efrén, como suele pasar con la poesía, pueden interpretarse obviamente de varias formas y con diverso sentido. A mí me gusta ver aquí una alusión a la redención del trabajo, de la fatiga del trabajo, que el sacrificio de Cristo ha traído al mundo, al menos para los que le miran con fe, para los que tienen la gracia de captar ese sentido "glorioso", es decir, esa fecundidad oculta en el sudor de su sangre. En otras palabras, mirar el sudor de Cristo no "aleja el sudor" de la frente de Adán, en el sentido de eliminar la fatiga por arte de magia, sino que transforma su sentido y la hace amable (es la idea evangélica del yugo ligero, ¿no?).

En definitiva, la fatiga, la tribulación, el impacto con las despiadadas leyes del mundo del trabajo y por tanto ser absorbidos en parte por las dinámicas que nos oprimen, que nos hacen sufrir y que nos llevan incluso a "sudar sangre" es en cierto modo inevitable, a menos que todos nos retiremos a una reserva india o a un poblado Amish, como Harrison Ford en El testigo. Por pasar a un texto más conocido, ¿podría Frodo Baggins evitar que el Anillo, que le han encargado llevar y destruir, le seduzca hasta casi dominarlo? Puede que no, no lo sé. Pero en todo caso, el hecho de que al final sea la Providencia y no su virtud la que haga posible que su misión no fracase, ¿quita mérito y heroísmo a su empresa, al sí que él repite día tras día hasta el final? ¿Es Frodo un "héroe fracasado"? No, ¡ni por asomo! Su grandeza reside enteramente en la fidelidad a su tarea. Las cartas, como dice Péguy, están en manos de Otro.

Resumiendo, quedar afectados o contaminados por la mentalidad del mundo, estar expuestos a la contaminación forma parte del riesgo y de la épica de la misión del cristiano y concretamente, me permito decir, de la misión del laico, cuya tarea es exactamente esta: "evangelizar" las realidades seculares, llevar la luz de Cristo precisamente a esas cavernas, a esos "infiernos" que son más refractarios a esta luz.

Podríamos decir, usando otra imagen que no es mía sino de Von Balthasar, que vosotros, precisamente como laicos, sois los "paracaidistas" de Cristo, el escuadrón de los que son arrojados al abismo en el primer ataque. Me parece evidente que hoy, en un contexto social y cultural neo-pagano como en el que vivís y trabajáis, esta

imagen del paracaidista es cada vez más apropiada. Lo cual puede suscitar cierto temor pero, por otra parte, también es emocionante, ¿no? Está claro que diciendo esto no estoy afirmando que el monje que está encerrado a cubierto entre los muros del monasterio no esté librando también la batalla por la redención del mundo. Lo hace de un modo y en un sentido distinto, más invisible e interior. Sin embargo, el punto esencial permanece. El paracaidista es en efecto el que más se expone a los disparos de metralla del enemigo...

Ahora bien, siguiendo con esta imagen, ¿qué permite al paracaidista no acabar estrellándose en el momento del aterrizaje? Dicho en otros términos, ¿qué le permite ser una presencia eficaz, un soldado entrenado y dispuesto para la batalla, y por tanto capaz incluso de saborear esa épica? Me parece que esta es la cuestión. Es decir, ¿cuál es la fuente que permite, volviendo a Agustín, sumergirse en el barro sin hundirse en el barro, mancharse pero solo por fuera, por decirlo así? ¿Qué permite esta paradójica combinación de luz y suciedad, de "pureza" e "impureza", podríamos decir, que luego, cuando y como Dios quiera, podrá ser un testimonio que ilumine la oscuridad del ambiente y lo perturbe?

Mientras hablo, me viene a la cabeza otra figura extraordinaria, tal vez la figura femenina que más me gusta de toda la historia de la literatura, Sonia, la pequeña gran Sonia Marmeladova, la prostituta que protagoniza *Crimen y Castigo* junto al joven asesino Raskolnikov.

Es verdad, Sonia es una prostituta. Desde un punto de vista estrictamente ético, es decir, desde el punto de vista de una sana y correcta teología moral, aunque lo que le mueva sea la generosidad y el altruismo, Sonia se ha equivocado al aceptar prostituirse para atender las necesidades de su desgraciada familia. Claramente, el fin no justifica los medios. Sin embargo, la Providencia hace que su impulso de amor sacrificial, por descompuesto y confuso que sea, aun errado y desconsiderado en sus formas, se convierta en instrumento de un gran bien, grandísimo: la salvación de otro ser humano, el propio Raskolnikov. De hecho, en la novela las dos cosas son ciertas y están paradójicamente entrelazadas. Es verdad que Sonia se ha equivocado al dedicarse a la prostitución (Dostoievski jamás sugiere lo contrario) pero también es verdad que si Sonia no fuese una prostituta, es decir, si no estuviera allí donde está, en la situación en la que está cuando se encuentra con Raskolnikov, el joven asesino jamás se habría sentido atraído como lo hace, precisamente porque la percibe como alguien cercano, semejante a él, tan perdida como él. ¿Por qué Raskolnikov se apega a Sonia? Inicialmente, cree hacerlo por pura necesidad de no quedarse solo, pues ella se le presenta como la única compañía posible justamente porque en cierto sentido se parece a él, está donde está él. Solo que con el tiempo descubrirá que ella no es tan parecida a él. Poco a poco descubrirá –y eso será, casi contra su propia voluntad, lo que le salvará– que ese diminuto ser, aparentemente "perdido en la oscuridad" como él, lleva dentro un fuego, una Luz que la hace diferente, infinitamente diferente a él. Pero el punto que me interesa es lo primero. Esa diferencia –llamémosle santidad– de Sonia, ¿podría atraer al duro y orgulloso Raskolnikov si ella no estuviera al mismo tiempo tan cerca de él, si ella no estuviera al mismo tiempo tan próxima a él?

Allí donde estés

Llegamos así al punto final. ¿Qué significa estar cerca? Ciertamente hay muchas formas de cercanía. Pero, sobre todo, estar cerca significa encontrarse en el mismo lugar. Lo que nos hace próximos es el lugar.

¿Y no es eso exactamente lo que distingue la misión del laico, por ejemplo, de la del monje o el cura? Yo no puedo estar en una fábrica o en un despacho de abogados. ¿Por qué? ¡Porque soy cura!

Por tanto, siguiendo con el ejemplo de Sonia, en el fondo da igual cómo ha llegado uno a ocupar ciertos puestos en una empresa. Quizá uno haya llegado allí porque, en efecto, en una cierta etapa de su vida no buscaba más que ganar dinero, incluso pisando al resto. No importa. La cuestión es cómo te la juegas ahora, en el presente. Si ahora por fin te das cuenta de que efectivamente lo que deseas es dedicarte por Cristo a la construcción de su reino, ¿por qué iba a ser imposible que por el hecho de "encontrarte ahí donde estés", como Sonia en la novela, sea la ocasión de que Raskolnikov encuentre, a través de ti, el verdadero sentido de su vida?

Por tanto, volviendo a la pregunta de Davide, la pregunta podría ser si uno, en el presente, tiene o no una fuente de alimentación para esa "diferencia" que permite que Sonia sea para Raskolnikov lo que ella, aun siendo prostituta, llega de hecho a ser. Aquí diría que es donde entra en juego el valor añadido no solo de la fe sino también de la compañía, es decir, de las relaciones que alimentan a la persona. Sobre esto solo quiero recordar una cosa que ya dije antes, retomando además un concepto que ya salió en Asís. ¿A qué me refería al decir que me parece un error reducir la compañía a un lugar donde aprender criterios correctos o mejores, un "lugar de formación", digamos (sin negar la importancia de este aspecto, claramente)?

Lo que quería decir es, en pocas palabras, que en último término, ¿en qué consiste el corazón de esa diferencia que estamos llamados a llevar a los ambientes en los que nos movemos? ¿Cuál es el contenido de esa diferencia? Sin duda –como decíamos– una forma de moverse que obedece a otra lógica distinta a la del mundo, una lógica que tal vez las palabras gratuidad y caridad captan de manera más sintética. El corazón de esa diferencia no puede estar en el hecho de ser mejor y más eficiente que los demás haciendo lo que hago. Para eso no hace falta Cristo, basta con trabajar duro o tener más neuronas. El corazón de esa diferencia está en el hecho de que lo que me mueve en último término ya no es (ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí) la búsqueda de un poder, ya no es la búsqueda de un placer individual, ya no es la fascinación del anillo de poder, sino la pasión por el bien común, o como diría Giussani, por el destino de todos y de todo. Pero el destino ¿cuál es? El reino de Dios, la comunión universal. Se entiende entonces por qué la comunión, es decir, concebirme como parte de un "nosotros" al que pertenezco, no es algo extrínseco a lo que estoy llamado a portar, a la diferencia que estoy llamado a testimoniar. ¿Por qué? Porque el contenido de esa diferencia es exactamente un yo que no vive para su propia autoafirmación individual sino para la construcción de un "nosotros", de una comunión, de una amistad de la que ya vive, que ya vive.

Estos son los puntos que se me ocurren reaccionando en caliente a lo que ha salido. Obviamente, como he dicho, estas pocas reflexiones no tenían el objetivo de responder a las muchas cuestiones que han surgido. Pero me parece que pueden sugerir senderos de reflexión y trabajo posterior. ¡Gracias!